

ADAM BLADE

# AQUA FIERAS

¡CROMOS  
COLECCIONABLES  
DE REGALO!

DESTINO

**CRUSHER**  
EL TERROR TREPANTE

CRUSHER,  
EL TERROR TREPANTE

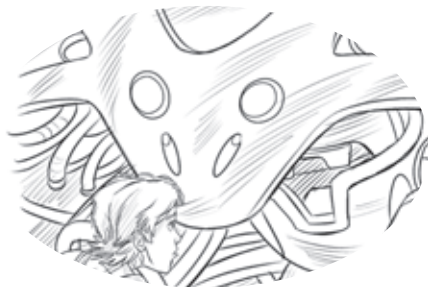


ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

DESTINO

# Un agradecimiento especial a Brandon Robshaw



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Crusher. The creeping terror*

© del texto: Beast Quest Limited 2013

© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,  
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013

© de la traducción: Teresa Muñoz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2019

ISBN: 978-84-08-21072-6

Depósito legal: B. 14.197-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

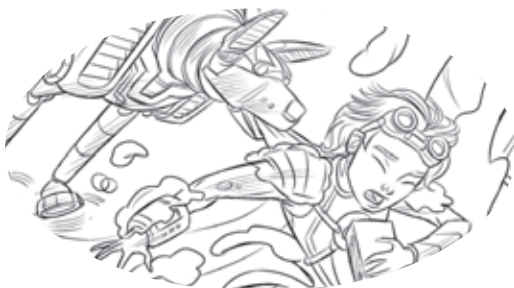
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# CAPÍTULO UNO

## LA CAJA NEGRA



—¿ En serio conociste a mi madre?  
—preguntó Max.

—Sí —dijo Roger—. La conocí.

Max se montó en el buggy acuático. Estaba listo para dejar Spectron, la ciudad de los fantasmas marinos, junto con su mascota, el perrobot *Rivet*, su amiga merryn, Lia, y *Spike*, su pez espada. Acababan de derrotar juntos a Stinger, la medusa mortal, una aquafiera creada por su malvado tío, el Profesor, para atemorizar Spectron. El cuer-

po gigantesco y mutilado de Stinger flotaba en el agua sobre la ciudad submarina que ya no resplandecía. Algunos de sus tentáculos colgaban de los barcos naufragados, que servían de hogar a los fantasmas marinos. Pero Max ya no estaba mirando a la medusa. Observaba a Roger, el hombre del parche en el ojo y la coleta al que habían conocido en su viaje, el mismo que insistía en que no era un pirata, pero que lo parecía y hablaba como si lo fuera. Roger acababa de ofrecerse para llevarlos al lugar donde había conocido a la madre de Max. El chico estaba ansioso por partir, pero el hombre estaba ocupado comprobando que sus propulsores todavía funcionaran.

—Y... ¿cómo os conocisteis? —preguntó Max.

—Viajamos juntos durante un tiempo —dijo Roger—. La conocí en el Bosque de

Cristal, durante un viaje hacia el oeste, al otro lado de las montañas.

A Max se le disparó el corazón. Miró la caracola que sostenía en sus manos. Estaba modificada con algún que otro dispositivo electrónico. Dentro había cables, botones y circuitos, pero Max no tenía ni idea de para qué servía. Su madre la había fabricado y la había dejado ahí, según le habían dicho los fantasmas marinos. Él había iniciado su aventura para derrotar al Profesor y nunca se había imaginado que descubriría tantas cosas acerca de su desaparecida madre. Parecía que todas las pistas apuntaban hacia ella.

—Bueno, pues entonces vámonos —le dijo Max a Roger—. ¡Estoy listo, arrancamos cuando tú digas!

Max oyó cómo Lia chasqueaba la lengua. Luego le tiró del brazo y él salió nadan-

do tras ella. Se detuvieron detrás de un submarino hundido para que Roger no pudiera oírlos.

—¿Estás seguro de que es buena idea ir con Roger? —preguntó Lia—. A ver... es un pirata.

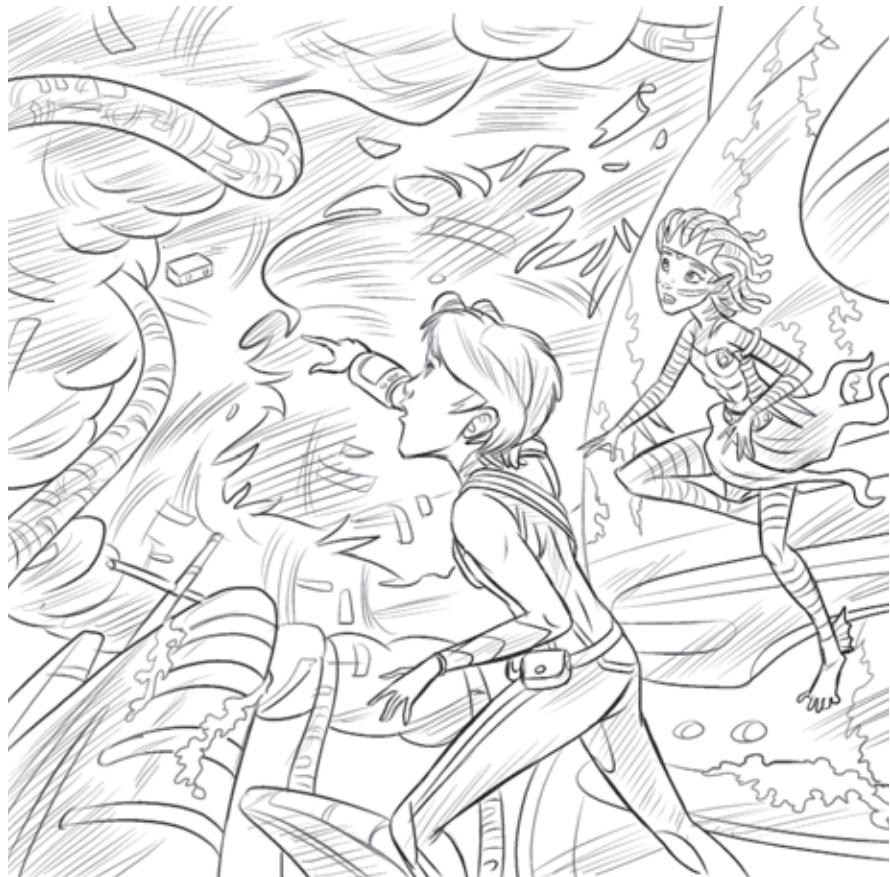
—No estamos seguros de que lo sea —dijo Max.

—Y además tenemos que encontrar al Profesor. Se ha propuesto destruir este mundo. Y no olvides que si consigue derrumbar el techo de la cueva, Sumara también caerá. ¡Tenemos que detenerlo!

—Lo sé —dijo Max con pesar.

Estaba desesperado por descubrir más cosas sobre su madre, pero sabía que Lia tenía razón. Levantó la mirada hacia Stinger, la medusa gigante, que flotaba por encima de ellos. Dentro de su rosado y transparente cuerpo, y entre los engranajes de su





circuito interno, distinguió un objeto negro y cuadrado que no había visto antes. Lo señaló.

—Eh... ¿Qué crees que es eso?

—No tengo ni idea —admitió Lia—. Al-  
gún tipo de aparato tecnológico, supongo.



Como el resto de los merryn, Lia ni entendía de tecnología ni le gustaba.

—Creo que es una caja negra —aventuró Max—. Sirve para registrar dónde ha estado la medusa, es como el cuaderno de bitácora del submarino de mamá.

Lia se encogió de hombros.

—¿Y?

—Si pudiéramos sacarlo... Seguro que tiene un registro de dónde proviene Stinger. ¡Y allí estará el Profesor!

Lia arrugó la cara con disgusto.

—¿Sacarlo? Eso significa meterse dentro de esa horripilante sustancia.

Cuando abatieron a Stinger, tanto Max como Lia se habían acostumbrado en exceso al material del que estaba compuesto el cuerpo de la medusa. Tenía la desagradable cualidad de meterse por sus branquias, lo que les impedía respirar.

—No me hace ninguna gracia —coincidió Max—. Pero ¿podemos rastrear al Profesor de alguna otra manera?

—Bueno..., vale —dijo al fin Lia—. Pero siempre y cuando seas tú quien se meta dentro para cogerlo.

—Tenía el presentimiento de que ibas a decir eso —dijo Max.

Sacó la caracola electrónica del compartimento de almacenaje de su buggy acuático.

—Ya estoy listo —anunció Roger.

—Espera un minuto —le pidió Max.

Luego nadó hacia el enorme cuerpo de Stinger junto a Lia, *Spike* y *Rivet*. La caja negra apenas se veía tras la espesa capa de gelatina rosa. Los tentáculos de la medusa ondulaban suavemente con la corriente.

—Está muerta, ¿verdad? —dijo Lia.

—Nunca estuvo viva en realidad —explicó Max—. Pero creo que está bastante acabada.

Lia le dio un golpecito en el lomo a *Spike*.

—Vamos, *Spike*. Ábrenos el camino hacia esa caja negra.

El pez espada apuntó al cuerpo de Stinger y con su afilado hocico hizo un largo corte en la sustancia rosada.

—¡Entra, Max! —dijo Lia.

Max tragó saliva. Esto iba a ser muy desagradable. Tomó una buena bocanada de agua, cerró la boca con firmeza y se metió por el gomoso agujero que *Spike* había abierto.

La gelatina estaba espesa, caliente y pegajosa, y se le enganchaba a los brazos y a las piernas. Era difícil saber si avanzaba o no. La caja negra a duras penas parecía estar algo más cerca. Al poco rato Max ya no podía respirar. La espesa materia gelatinosa le había taponado las branquias y no le entraba agua.

«Tengo que hacerme con esa caja y salir de aquí —pensó Max—. Necesito respirar...»

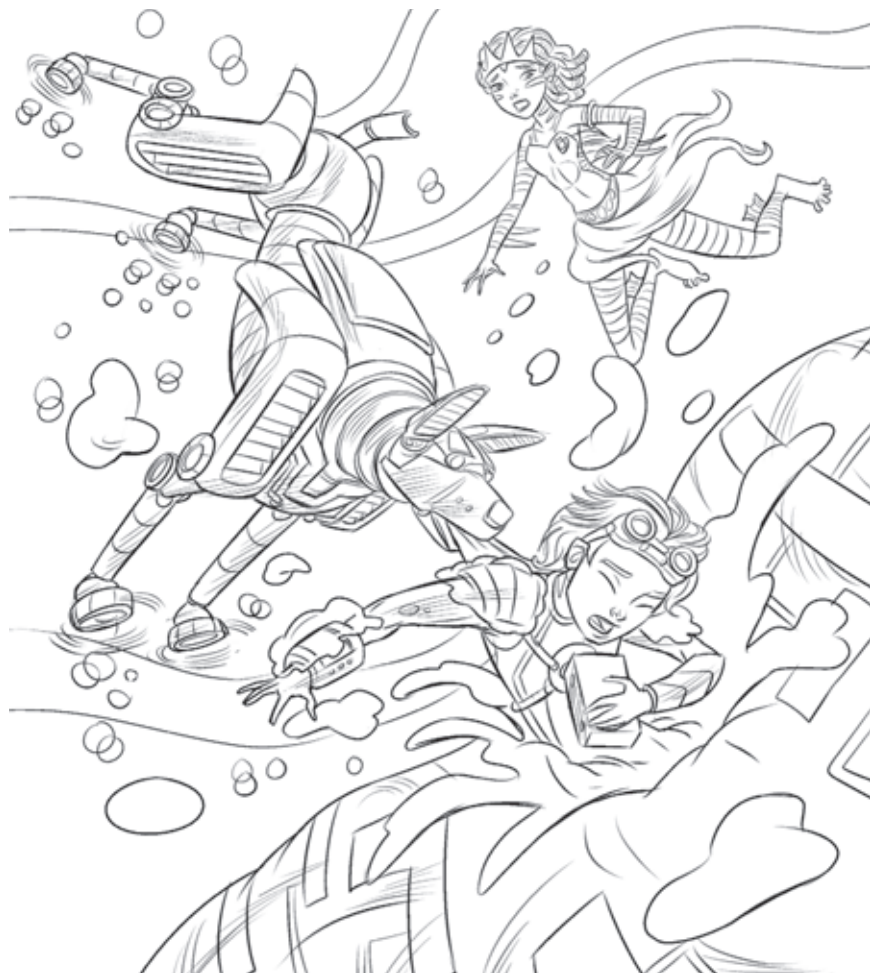
Usando todas sus fuerzas, se arrastró hasta acercarse a la caja. Sus dedos ya la rozaban y entonces, por fin, pudo agarrarla con las dos manos.

Empezó a desplazarse hacia atrás. Ansiaba el momento de poder respirar por sus branquias otra vez.

De repente sintió que las paredes de gelatina que lo rodeaban se contraían y lo agarraban con fuerza. ¿Qué estaba pasando?

«Stinger está desactivada —pensó—, pero debo de haber activado algún tipo de reflejo robótico. No me va a soltar y, si no consigo salir rápido, ¡me voy a ahogar!»

Sacudió brazos y piernas, pero no era capaz de ir a ninguna parte. La necesidad de respirar era sobrecogedora, pero no podía hacer nada.



De golpe, notó un tirón en la parte posterior de su traje. Pudo oír el sonido ahogado de unos propulsores en marcha. Estaban tirando de él para sacarlo. Solo tenía que aguantar un poco más...

El mundo pareció pasar del rosa al verde mientras *Rivet* lo arrastraba fuera de *Stinger* hacia aguas abiertas. Max farfulló expulsando la materia pegajosa de sus branquias y luego respiró. Le pasó la caja negra a Lia.

—¡Gracias, *Riv*! —jadeó.

—No hay de qué, Max —ladró el perro-bot.

—¿Estás bien? ¿Cómo vamos a usar esto? —preguntó Lia. Tocó un botón de la caja negra y la pantalla se encendió y la deslumbró.

—Me pondré bien. Déjame ver —dijo Max, recuperando el aliento. La pantalla mostró un mapa que señalaba *Spectron*, y una línea de puntos se dirigía hacia el este, más allá de las montañas, por el Bosque de Cristal—. Mira, *Stinger* viene de la misma dirección hacia la que Roger nos iba a llevar. ¡Podemos matar dos pájaros de un tiro!

—¿Qué son «pájaros»? —preguntó Lia.

—Es una expresión que usamos los habitantes de Aquora. Quiero decir que podemos ir tras el Profesor al mismo tiempo que acompañamos a Roger a buscar a mi madre.

Lia suspiró.

—Muy bien —accedió—. Pero no le voy a quitar el ojo de encima a ese pirata.

—¡Te he oído! —dijo Roger, mientras se les acercaba nadando, impulsado por sus botas cohete—. ¿Cuántas veces voy a tener que deciros, compañeros de barco, que no soy un pirata?

Max regresó al fondo y dejó la caja negra en el buggy acuático.

—Venga, ¡pongámonos en marcha! —dijo, y encendió el motor—. ¡Súbete, *Rivet*!

—¡Un momento! —gritó una voz. Se trataba de Ko, el fantasma marino de quien se habían hecho amigos—. No marcharos sin



gracias. Vosotros salvar vida de madre... y salvar nuestra ciudad de monstruo.

—Está claro que eres hijo de tu madre —dijo un anciano fantasma marino.

—Por favor, coger regalos —pidió Ko.

Todos los fantasmas marinos llevaban en sus manos pequeños tesoros rescatados de naufragios: juguetes de plástico, botones y monedas, latas de refrescos, un collar de pilas gastadas, joyas hechas con imperdibles y clips sujetapapeles.

—¡Menudo montón de basura! —masculló Roger.

Max le lanzó una mirada fulminante.

—¡No es basura! —le espetó. Los objetos extraños significaban mucho para los fantasmas marinos. A Max le llegó al corazón—. Gracias —dijo mientras cogía los regalos—. Nos volveremos a ver, Ko, te lo prometo. Muy pronto.

Echó la última ojeada a la multitud de fantasmas marinos semitransparentes de color verde pálido que flotaban por encima de sus casas hechas de barcos naufragados y se despidió con la mano. Luego encendió el motor del buggy acuático. Más abajo, medio enterrado bajo la arena pudo ver un pedazo del extraño y suave suelo. Era piel, estaba casi seguro... Lo que significaba que Spectron estaba construida sobre una criatura. Max había oído un sonido que provenía de abajo y que parecía un colosal latido de corazón. Si allí había una criatura, tenía que ser enorme...

—¡Vamos! —dijo Lia—. ¡Movámonos!

Roger ya estaba zumbando hacia el este, propulsado por sus botas cohete. Max presionó el acelerador y el buggy acuático rugió de nuevo; Lia y *Spike* nadaban a su lado, y *Rivet* iba montado en la parte trasera.

El corazón se le aceleró. Una nueva aventura estaba a punto de empezar. Tenía el presentimiento de que se iban a enfrentar de nuevo al Profesor, muy pronto. Y esta vez, Max estaba decidido a descubrir qué le había pasado a su madre.